

por él la mas irresistible simpatía, no ve á un desgraciado por el cual no se interese su alma generosa, y no se le acerca ningun ser infortunado, que despues de haberla oido, no lleve la paz y la mas dulce tranquilidad en el fondo del pecho... Ese ser misterioso, ese paño de lágrimas del triste, te repetirá lo que yo te he dicho, Pedro, y aunque sufre ahora lo que es imponderable, no se acordará de sus dolores, para poder mitigar las angustias que dilaceran tu alma... ¿No conoces ahora á ese ser bendito, que tantas veces has admirado derramando lágrimas de ternura y de entusiasmo? Tú la has aclamado muchas veces por Madre de los tristes; ¿piensas que rehusará al desconsolado Pedro, los tesoros de consuelo que se encierran en el fondo de su inmaculado pecho, como en un manantial inagotable?

—¡María! — exclamó el anciano cayendo de rodillas y elevando las manos y los ojos al cielo.

—Sí, María, nuestra tierna Madre; María la mas infortunada y la mas dulce de todas las mujeres... esa María será la que repita al arrepentido Pedro las palabras que Juan ha murmurado á su oido. Su pecho es como el de la paloma, no tiene hiel, y sus labios no pronuncian mas que palabras de amor y de misericordia.

—¡Oh! ¡sí, sí! María; — exclamó Pedro levantándose; — María, tú eres mi esperanza. No es extraño que el ingrato para con tu Hijo, haya podido ser tambien ingrato contigo olvidándote... ¡María! deja que repita tu nombre dulcísimo; deja que lo diga una y mil veces; deja que los labios del pecador lo pronuncien, porque nombrándote tan solo, el oscuro horizonte de mi vida se esclarece, y aun se me figura ver risueño para con el ingrato Pedro, el rostro del Dios á quien he ofendido... María, yo voy á tí para confesar mi iniquidad postrado á tus plantas; para llorar

ante tus ojos mi pecado, y cuando de tus labios purísimos habrá salido una palabra de perdon, entonces el alma del desgraciado Pedro respirará tranquila. ¡María! ¡María! Tú eres toda mi esperanza, no me arrojes de tu presencia con indignacion; no tengas en cuenta mi enorme culpa, sino tu misericordia y la intensidad de mi dolor.

—Pedro, me estás volviendo la vida, porque me dabas miedo.

—Vamos, vamos, Juan; condúceme á su presencia, y sé tú el mediador entre ella y el culpable é ingrato apóstol.

Y los dos encaminaron sus pasos hácia la casa de Marcos, donde sabemos que se hallaba la desdichada Madre, sumergida en el abismo de sus dolorosas consideraciones, y esperando la vuelta del discípulo amado, á quien llamaba su hijo, y en la persona del cual debia prohiar á toda la humanidad.

Los dos apóstoles iban sumergidos en amarguísimas consideraciones tambien, pero ¡cuán distintos eran los motivos de su dolor!

Y llegaron, por fin, al palacio de Marcos. Pedro seguia á Juan tembloroso y vacilante, bien así como el criminal que va á ser introducido á la presencia del juez, que debe dictar para él la sentencia de vida ó muerte.

CAPITULO II.

La Madre de los pecadores.

La Madre de Dios se hallaba rodeada de sus fieles y desinteresadas amigas, que habian formado la resolucion de no abandonarla nunca.

Su dolor no tiene ponderacion; la lengua de los hombres no puede encarecerle ni tampoco definirle: ni en el cielo ni fuera de él tenia punto de comparacion.

Las criaturas no podian comprenderle; por eso la Madre de Dios sufria y lloraba en silencio, derramando la copa de la amargura de su alma á los piés del único que podia comprenderla.

El Eterno la miraba bondadosamente, y se decia con orgullo, que habia escogido en la atribulada Miriam una digna Madre de su Hijo, y una admirable protectora de los pecadores.

Ninguna de sus adictas compañeras se atrevia á interrumpir el silencio solemne que reinaba en aquella habitacion, donde la mas buena de las Madres, apuraba la copa de hiel que los hombres ingratos le presentaban.

Y en esta situacion se pasaron largas horas de angustia infinita.

Marcos se paseaba por otra habitacion de la casa. Á veces el fiel amigo pensaba que era víctima de una pesadilla mortal; otras veces exhalaba en profundos quejidos toda la desolacion de su alma, y al considerar que tal vez los pasos que habia dado para salvar á Jesucristo resultaran inútiles, la cabeza se le desvanecia, y de vez en cuando murmuraba durísimos apóstrofes dirigidos contra los enemigos del Salvador.

En esta situacion oyó los pasos de los dos discípulos de Jesucristo que se le acercaban, y saliéndoles al encuentro, preguntóles por su adorado Maestro.

El llanto de Juan y de Pedro fue la única contestacion que recibió á su pregunta, pero contestacion cien veces mas elocuente que todas las palabras, que todas las frases con que podian contestarle los interpelados.

Juan le preguntó á su vez, procurando ahogar el torrente de sollozos que meditaba embargar su voz:

—Y ella, ¿dónde está?

—¡Pobre é infortunada Madre!—contestóle Marcos;— en el aposento donde la has dejado, medita en silencio la inmensidad de su infortunio. Una palabra no se escapa de sus labios; un suspiro no se exhala de su pecho; su alma no profiere una queja. Su dolor es tan resignado como generoso el sacrificio de su Hijo, y por lo mismo que es silencioso, debe ser mas terrible para su incomparable corazon. La naturaleza de María se descompone; las carnes desaparecen de su cuerpo virginal; su espíritu atribulado se nutre de la vida de su cuerpo immaculado, y ¡ay! ¡el corazon se me desgarrá, pensando que el Hijo y la Madre abandonarán en breve el mundo de los hombres, donde tan ingratamente han sido recibidos por los mortales!

Todos á una dejaron caer la cabeza sobre el agitado pecho, para considerar las tristes palabras que Marcos acababa de proferir.

Despues de una dolorosa pausa, este prosiguió:

—Entrad si teneis valor para ver la sombra angustiada de María; entrad, y no la conocereis. Yo por mi parte no me siento con fuerzas para soportar un cuadro tan triste, una desolacion tan grande!... ¡Dios mio! Cuando veo lo que sufre, y cuando considero lo que vale, recibiria gustoso la muerte, para ahorrarle uno de los tormentos que destrozan su corazon maternal.

Juan y Pedro entraron silenciosos en la habitacion, donde la Madre de los dolores se hallaba rodeada de las demás mujeres, compañeras de su duelo infinito.

Pedro iba detrás de su amigo; iba como el culpable á quien

una persona influyente presenta al señor contra quien ha delinquido, para alcanzar su perdón.

María la triste Madre estaba verdaderamente desconocida. Algunas horas de dolor habían bastado para dejar en su rostro angelical huellas profundas que el tiempo no pudo borrar, que no logró hacer desaparecer de allí la triunfante resurrección de su Hijo y de su Dios.

Como Márcos lo había dicho, María no desplegaba los labios ni para quejarse, ni para suspirar.

De sus ojos hermosos como el cielo empíreo brotaban algunas lágrimas de vez en cuando. Estas lágrimas, perfume de la amarga flor de su alma, deslizábanse silenciosas por sus pálidas mejillas, y antes de acabar de surcarlas, se evaporaban para remontarse como el aroma de la mirra, y aparecer irresistibles á la presencia del Altísimo.

Juan y Pedro se detuvieron un instante para contemplar aquel cuadro indescriptible, y suspiraron.

Y antes que María, saliendo de su amarguísima absorción, levantara los ojos benignos y tristes como la mirada de la tórtola, el discípulo anciano arrojóse á sus plantas, besó el polvo que la Virgen de los dolores había pisado, y regó con sus ardientes lágrimas el suelo que las huellas de María debían pisar.

La Madre infortunada levantó entonces los ojos; púsolos primero con asombro en la venerable figura de Pedro, que tan humilde actitud guardaba; miró después tristemente la pálida figura de Juan, y exclamó:

—¡Pedro!... ¿qué haces á las plantas de la más indigna de las criaturas?... Juan, hijo mío, ¿qué amargas noticias me traes de mi Dios y Redentor?

Juan callaba procurando detener sus lágrimas, y Pedro

continuaba postrado á las plantas de la Madre de los pecadores, de la Corredentora de la humanidad.

Hondos sollozos se escapaban del alma del anciano y débil apóstol, mientras que el asombro de María iba creciendo por grados; mientras que su inagotable humildad se sonrojaba, y su precioso corazón sufría contemplando aquel anciano postrado á sus pies.

—Hablad;—exclamó por fin con el acento más desgarrador de la angustia;—hablad; ¿qué triste nueva venís á participar á la desolada Madre? No temais, no, por mi vida; la bondad del Padre celestial me asiste; no temais, hijos míos, no moriré de pena: hablad por compasión.

Y diciendo esto extendía sus manos suplicantes á Pedro y á Juan, como pretendiendo hacer de esta manera más irresistible la súplica que les dirigía.

Pedro y Juan callaban. El primero no podía hablar porque los sollozos anudados en su garganta le estaban ahogando; el segundo no se atrevía á proferir una palabra, porque no ignoraba que cada una de sus frases debía ser la punta acerada de una daga, que se complaciera en destrozarse aquel corazón maternal, tan digno de todas las alegrías.

La desgraciada Madre se permitió entonces por todo desahogo exhalar un levísimo suspiro, un suspiro tan leve como el último soplo de la brisa, perdida entre las flores del bosque.

Y luego dijo:

—Pedro, yo te ruego que abandones la posición que guardas á mis plantas... ¡Ten compasión de mí!

Esta frase tenía una vibración tan particular, que el corazón del débil apóstol se estremeció con fuerza. Aquel estremecimiento rompió el nudo de sollozos que se formara

en su garganta, y entonces Pedro exclamó con una voz extraña, indefinible:

—No me mandeis que se levante de vuestras plantas el mas miserable de los hombres, hasta que de vuestros labios haya oído que me perdonais.

—¡Perdonarte yo! — exclamó María con mas asombro aun; — ¿en qué me has ofendido, Pedro, para que tengas necesidad de mi perdón? ¿Acaso no soy la mas pequeña, la mas baja de las criaturas, para que haya algun ser que pueda ofenderme en algo?

—¡Oh! María; ¡si de vuestros labios no sale la palabra que os suplico, por la memoria de vuestro adorado Hijo, no esperéis que pueda levantarme de vuestros piés, porque el dolor que me ahoga, acabará en un momento con mi existencia detestable!

—Pedro, si de mi perdón necesitas, amigo mio, yo te lo concedo gustosa. La Madre del que se sacrificará para conseguir el perdón de todos, ¿podrá resistirse á tu demanda, en el mismo momento en que mi Hijo se ve rodeado de la plenitud de los martirios? Sí, sí, Pedro; yo te perdono esa ofensa que ignoro, y te suplico que, pues he tenido compasión de tí, la tengas tú de mí tambien, y abandones esa humilde postura que me hace sufrir tanto. ¡Oh! compadécete de mi pobre corazón, y cuando tan angustiado se encuentra, no aumentes, amigo mio, la tortura que le despedaza. Levántate y mitiga tu pesar; estás perdonado... y si es que puedo darte un consuelo que calme las dolorosas agitaciones de tu pecho, refiéreme el motivo de tus angustias, y mi corazón, que sabrá comprenderte, pedirá al Padre celestial que ponga en mis labios las palabras que se necesitan, para tranquilizar á uno de los apóstoles mas amados de mi Hijo.

Simon Pedro dejando la postura que hasta entonces guardara á los piés de María, y dejándola para no atormentarla, y no por gusto, cuando oyó las últimas palabras que la Virgen de los dolores le dedicaba, exclamó:

—¡Apóstol amado, sí, Madre de los pecadores, pero el mas vil y miserable de los hombres!

Oyendo las frases de profundo arrepentimiento del apóstol, la Virgen de los dolores calló, y respetando el dolor de aquel corazón arrepentido, esperó que hablara, para conocer la iniquidad del débil Pedro.

Este, exhalando un gemido arrancado del profundo de su corazón, dijo así:

—Oid, Madre de mi Dios; oid, tiernas compañeras de la mas desolada de las mujeres; oid hasta dónde llega la miseria de Pedro, y despues podreis juzgar de si he sido ó no injusto conmigo, aplicándome el calificativo de hombre el mas vil y miserable de la tierra.

Vosotras todas sabeis cuán querido era yo del Señor; vosotras todas sabeis la confianza con que me distinguia, y la noble amistad con que me honraba Jesucristo. Pedro era uno de sus discípulos mas amados; Pedro le acompañaba á todas partes; si habia de enviar un mensaje, Pedro era uno de los elegidos, y á pesar de mi rústica educación, á mí dirigia sus esplicaciones, cuando los demás apóstoles le preguntaban por mi conducta, acerca del significado de alguna de las misteriosas frases con que nos hablaba del cielo, del Padre celestial y de la vida futura. Yo fuí el primero que confesé la divinidad de su persona augusta; yo oí de sus labios soberanos que seria la piedra sobre la cual fundaria eternamente su Iglesia, sin que los esfuerzos del infierno lograran prevalecer nunca contra ella; yo fuí uno de los tres elegidos para contemplar su inmensa gloria en

el Tabor; yo fui uno de los elegidos para contemplar su inmensa agonía en el jardín de Gethsemaní, y en ninguna parte he faltado, donde el corazón y la gloria de mi Cristo hayan vertido los divinos tesoros de que es manantial inagotable, y á pesar de todo, yo, ese ser tan favorecido; yo, aquel Pedro tan amado de su alma generosa; yo, viéndole convertido en la encarnación de los dolores y de las angustias mas horrendas, yo he tenido la vil audacia de ofenderle; yo, lejos de compadecerme de él, he aumentado las torturas que desgarran su divino corazón, y he negado públicamente por tres veces, durante esta horrible noche, que conociese á mi Dios y Salvador; á mi tierno Amigo; á ese Padre, cuyo cariño y cuyos cuidados no me han faltado nunca!

¿Queréis mas ingratitud en un hombre? Los viles sicarios que le maltratan; los miserables sacerdotes que le condenan á muerte, no hubieran procedido como yo, y habrían tenido valor para confesar al Cristo, cuando yo he perdido ese valor al oír la voz de una criada! ¡Sí; yo he renegado de mi Dios; yo he renegado de mi Cristo; yo he acompañado mis horribles negaciones con juramentos y protestas cuyo recuerdo me estremece!... ¡Oh! ¡no me hubiera negado Jesús, si me hubiese visto en el duro trance en que él se encuentra; él se hubiera acordado de mí; hubiera recordado que Pedro era su amigo, y prefiriendo la muerte á tanta felonía como ha sido la de este miserable, hubiera espuesto generoso su vida para decir que yo era su amigo!...

¡Miserable de mí! Ahora el corazón se me parte en pedazos; ahora no quisiera haber cometido mi inmenso pecado, pero ahora ya no es tiempo, y el grito de mi conciencia retumba dentro de mi pecho, y ensordece y atemoriza mi alma cobarde! ¿Qué será de mí? ¡Ojalá que mis

ojos no se hubiesen abierto á la luz del día, si tan enorme culpa habia de cometer; ojalá que mi espíritu hubiera volado desde la cuna al seno de Abraham, pues tanta iniquidad habia de pesar sobre de mí! ¿Qué es el hombre para levantar su voz á la presencia del Altísimo? ¿Qué es el hombre para rebelarse contra su Criador y para ofender al que le formó? Miasma fétido que sale del seno de un pantano, que orgulloso se remonta al cielo, y que en el aire se inflama y desaparece, sin que deje rastro de su existencia; fuego fátuo que brilla de noche por algunos momentos, y que muere cuando un leve soplo de aire le agita, para no volver á encenderse mas. Yo sabia la pobreza de mi humana existencia; yo sabia que el soplo de Dios nos sostiene, y á pesar de todo, yo he renegado de ese Dios bondadoso, y me admira como vivo en estos momentos; me admira la paciencia del Altísimo en sufrirme, cuando mi alma aparece ante sus ojos afeada con tan grande iniquidad!

En llegando á este punto Pedro volvió á caer á las plantas de María, que con ternura y compasión de Madre le contemplaba en los extremos de su intenso dolor, y juntando las manos, y derramando lágrimas abundantes, musitó entre suspiro y suspiro estas palabras:

—María, tú eres la Madre de los pobres pecadores, y aunque te haya ofendido tanto negando á tu divino Hijo, ten compasión de este pobre miserable que ves postrado á tus piés, y acuérdate de mí para ayudarme á conseguir el perdón de tan enorme falta; acuérdate del pobre miasma del pantano, para que la ira de Dios no le inflame para siempre; acuérdate del fuego fátuo, para que el soplo de la divinidad, justamente irritada, no le sepulte en las tinieblas eternas.

—¡Pedro!— exclamó la Virgen enternecida, alargando una de sus manos inmaculadas al apóstol.

Mas este no la dejó continuar, y tomando entre las suyas temblorosas la mano que María le presentaba, llenóla de besos y de lágrimas ardientes, exclamando:

—¿No es verdad, María, no es verdad que tú me ayudarás á implorar la misericordia de Dios? ¿No es verdad, María, que me perdonarás el agravio inmenso que te he inferido? ¿No es verdad que intercederás por mí, para que tu divino Hijo me perdone y me vuelva á admitir en su gracia? ¡Oh! mira; mi corazon se derrite en amargas lágrimas; el dolor deslie mis entrañas, y por larga que sea mi vida, siempre roerá mi pecho el recuerdo de mi espantoso crimen. Ten compasion de mí, pobre Madre del mas bueno de los hombres, y por el amor que profesas á tu divino Hijo; y por los dulces recuerdos de su infancia, no permitas que yo salga de tu presencia con la tremenda incertidumbre que me devora. Una palabra tuya bastará para tranquilizarme, porque yo sé que si te interesas por mí, tu Hijo no te desairará. Mira mi dolor, considera mi amargura, medita el hondo pesar que me devora por haber ofendido á tu Hijo; imponme una penitencia tan larga como mi vida; mándame que para resarcir mi falta, exhale mi aliento entre atroces martirios, confesando á Jesucristo; ordéname que muera clavado en una cruz como morirá mi divino Maestro, y yo iré al martirio, yo iré al tormento lleno de gozo; yo estenderé mi cuerpo sobre la cruz bendiciéndote, porque entonces sabré que por fin he logrado poner término á la espiacion de mi iniquidad.

—¡Pedro!...— exclamó la enternecida María, deseando poner término á los estremos del dolor del apóstol.

—Mira, Madre de pecadores, yo soy tu hijo, porque

soy pecador; yo tengo mas derecho que otro á tu maternidad, porque soy el mayor pecador que existe. Por eso mismo espero de tus labios la palabra del perdon; espero que abras el horizonte de mi vida para la esperanza. Yo, aunque miserable; yo, aunque pecador, no puedo resignarme á vivir léjos de tu influencia maternal; yo, aunque le he negado, me estremezco de horror, y la sangre se hiela en mis venas, al considerar que para siempre haya de vivir léjos de la presencia de mi adorado Jesucristo: bien es verdad que os he ofendido infamemente, pero á pesar de todo, mi corazon os ama, os ama mas que á todas las cosas, os ama con todas las fuerzas de mi vida, y no aspira mas que á morir por vosotros, para probaros la vehemencia de su amor. He sido débil, y el miedo á la muerte me ha hecho incurrir en mi pecado, pero si Dios me asiste, nada me intimidará en adelante para demostraros mi amor. ¿Qué importa la muerte si muero por vosotros? ¿Qué importa la existencia, si con todas las gotas de mi sangre puedo lavar mi iniquidad y restablecerme en vuestra gracia?... ¡Oh María! ¡Oh Madre de pecadores! dí, ¿el dolor del desgraciado Pedro no te mueve á piedad, y aun cuando no la merezco, no te inspiro compasion?... Habla, habla; dí que me perdonas; dí que intercederás por mí para que me perdone Jesucristo, porque no dejaré la postura en que me ves, si antes no oigo de tus labios la palabra querida que te suplico llorando.

Y Pedro al decir esto besaba las manos de María, regábalas con lágrimas, entregándose á los mas vivos trasportes de la vehemente contricion que sentia rasgarle el pecho y hacer jirones de su espíritu atribulado.

Si la mirada ternísima que Jesucristo dirigió á Pedro en la casa de Caifás, para reconvenirle amorosamente; si aque-

lla mirada divina no hubiese despertado las vibraciones del dolor en el alma del anciano apóstol, prometiéndole el perdón mas completo, el alma de la Madre de los pecadores, compadecida del pobre pecador, hubiera tambien derramado la esperanza en aquel espíritu afligido, que lloraba bajo el peso insoportable de su iniquidad.

¡ Ah ! ¿ No estaba María, la Madre de los pecadores, encargada de conducir, con su inefable ternura, los extraviados á los brazos de su Hijo ? ¿ No era la medianera sémionipotente entre Dios y los hombres ? Concibiendo al Redentor de la humanidad, ¿ no habia acaso obtenido el título de Corredentora de los mortales ? Los dolores que sufría Jesucristo, las angustias que pasaba el corazón maternal de María, ¿ no eran acaso para salvar á Pedro, como eran para redimir á todas las criaturas racionales ?... ¿ Cómo podia, pues, la Virgen de los dolores negar al apesorado apóstol la palabra de perdón que le suplicaba, cuando Pedro era su hijo ; cuando Pedro era un pecador arrepentido ; cuando interesaba su dulce corazón maternal con lágrimas de arrepentimiento, y con hondos suspiros de verdadera contrición ?

No ; María no podia consentir que Pedro llorase en tanto desconsuelo, y su corazón piadoso trató de aliviar las penas que atribulaban al del apóstol arrepentido. En aquel momento quiso la pobre y generosa Madre de Jesucristo prescindir de la pena que la angustiaba, para dedicarse á mitigar el dolor y la congoja, del que guardaba á sus plantas una posición tan humilde, tan rendida, tan suplicante.

— Levanta, pobre pecador ; — le dijo ; — si en algo yo debo perdonarte, ya te he dicho anticipadamente que te perdono. Levanta, y puesto que yo he tenido compasión de tí, te ruego que la tengas de mí tambien. ¡ Oh ! tú no sa-

bes cuánto mortifica á esta criatura indigna la posición humillante que guardas á sus piés.

— Esto no basta, Madre de pecadores ; esto no basta, tierna y compasiva Madre mia ; yo no puedo alzarme, si antes no me asegurais el perdón de mi horrendo pecado, y si esa seguridad no sale de vuestros labios, no me moveré de vuestras plantas hasta haberla obtenido, ó hasta haber muerto de angustia.

— Levanta, Pedro ; — exclamó María poniéndose en pié, y ayudando á levantarse al apóstol ; — yo intercederé por tí al Eterno, y si mis súplicas valen algo ante la presencia del Altísimo, el Dios de bondad perdonará tu pecado.

— ¡ Ah ! — gritó Pedro como si se le quitase de encima un peso enorme que hasta entonces le oprimiera ; — ya estoy tranquilo ; mi alma respira en paz ; ya sé que no me faltará el perdón y la indulgencia del Altísimo. Gracias, generosa Madre de pecadores ; gracias, incomparable María ; gracias, tú que me abres las puertas del cielo, tú que viertes sobre mi vida un destello de la luz de la esperanza. ¡ Oh ! ¡ cuán buena y cuán magnánima eres ! ¡ cuán digna de ser amada ! ¡ cuán digna de compasión !... Mira, Madre de Cristo ; mira, Madre de mi Dios : ¿ ves las lágrimas que brotan de mis ojos ? pues son ecos de mi alma dolorida ; son emanaciones de mi corazón arrepentido ; hoy han empezado á brotar de mis ojos : ¡ benditas lágrimas que habeis movido á piedad su tierno corazón maternal ! No quiera Dios que se apaguen ni un momento de mis ojos, durante todos los días de mi vida ; no quiera Dios que mi pecho deje de arrojaros á mis párpados, para que viva en mí siempre la memoria de mi horrenda iniquidad, y el recuerdo de vuestra ternura y de la misericordia de Dios... Sí ; de hoy mas lloraré todos los días de mi vida ; regaré con lágrimas

la morada en que respire; mojaré con llanto mi lecho en vez de dormir, y si por mi dicha consigo probar á Dios, por medio de una muerte cruel, el amor que le profeso, y el arrepentimiento de mi espíritu, en aquel momento será cuando mi espíritu descansará sin fatiga; en aquel momento será cuando las lágrimas de dolor dejarán la vez en mis ojos á las lágrimas de satisfaccion, de ternura, de entusiasmo. Morir por confesar á Dios que tan inicuamente he negado, ese será el ideal de mi vida, ese será mi continuo afan. Afortunado yo si consigo tanta dicha. ¡Oh! decidme, Madre de pecadores, y la mas dolorida de las mujeres; ¿lo conseguiré?

—Lo ignoro, Pedro, porque los destinos del hombre se hallan tan solo en la mano de Aquel que graciosamente nos da la existencia; yo solo puedo asegurarte que el que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, ha mirado la angustia de tu alma y se ha compadecido de tí.

—¡Ah! ¿estoy perdonado, Madre mia?—esclamó Pedro juntando las manos, y poniendo los ojos en la Vírgen con un amor incomprensible.

—Sí; Dios ha perdonado tu falta, porque tu corazon está lleno de verdadero arrepentimiento. ¿Qué otra cosa quiere mi divino Hijo?

—¡Oh Madre de pecadores! Tus palabras me han hecho feliz; ojalá el cielo derrame los tesoros del consuelo sobre tu alma que tanto lo merece; ojalá el amor de los hombres te compense en el porvenir, las angustias que en este momento padece tu generoso corazon. Yo creo adivinar la inmensidad de tu dolor en este momento tan cruel para tí; si la madre sufre tanto para dar á luz un hijo, ¿cuánto no deberás padecer tu ahora, que das los hombres á la luz de la gracia?... Yo para nada sirvo; yo no valgo sino para

ofender á Dios, y para llorar mis culpas despues de haberlas cometido; yo para nada sirvo, María, pero si la vida de Pedro el pecador te es útil algun dia, indícamelo, y ya verás con que prontitud te la ofrezco, y cuán alegre y risueño caminaré por tí á la muerte.

—Pedro, solo podrás complacerme de una manera, que será trabajando con todas tus fuerzas, para que los hombres conozcan y amen á mi divino Hijo. No exijo nada mas de tí.

—Si Dios me da fuerzas; si Jesucristo mi Maestro me admite aun entre el número de sus apóstoles, ya verás, María, con qué afan consagraré mi vida á daros á conocer y haceros amar. Durante aquellos momentos no me acordaré de mis lágrimas; solo me acordaré de vosotros, yo te lo prometo, Madre de pecadores, yo te lo prometo.

Entonces inclinando la calva frente, añadió:

—María, yo parto á la soledad para llorar, si tú no me lo impides; necesito hallarme solo con mis lágrimas á la presencia de Dios, pero soy tan débil, que si tu bendicion no me acompaña, temo ofender de nuevo á mi Criador. Bendíceme, pues, María; bendíceme, Madre de pecadores, y con tu bendicion nada me hará vacilar, nada tendré que temer.

La Vírgen de los dolores puso los ojos en el cielo, y estendiendo las manos sobre la cabeza de Pedro, dijo:

—Alma perdonada, la bendicion del Altísimo descienda sobre tí, guie tus pasos, te dé valor contra las sugeriones del espíritu de las tinieblas, y no te abandone en todos los dias de tu vida el recuerdo del martirio de tu divino Maestro.

Pedro, lleno de conmocion, pero con el alma tranquila, salió de aquel aposento, mientras que la pobre Madre, po-

niendo los ojos en Juan, y estendiendo hácia él los trémulos y suplicantes brazos, exclamó:

— Ahora, Juan, ten piedad de mí; refiérme lo que ha sucedido á mi divino Hijo durante esta noche cruel.

El apóstol amado tomó asiento junto á su Madre adoptiva, y con frases sentidas refirió á la Virgen desolada, todo lo que nosotros hemos dicho antes á nuestros amados lectores.

El abatimiento y dolor de María eran imponderables. No hay hombre, no hay ángel que pueda formarse una idea de ello.

CAPITULO III.

Al rayar el alba.

Pedro dejó la casa de Marcos, donde tan inefable consuelo habia encontrado en las palabras de la Madre de Jesucristo, y buscando un lugar solitario donde poder llorar á placer su pecado, encaminó sus pasos al valle de las tumbas, siguiendo el mismo camino que tomara algunas horas antes acompañado de su divino Maestro, para encaminarse á la quinta Gethsemaní.

El camino estaba sembrado de manchas rojas. Aquellas manchas eran de sangre, y aquella sangre habíala derramado el Salvador de los hombres.

Á la tibia luz del crepúsculo, que empezaba á disipar las oscuras sombras de la noche, Pedro advirtió que el suelo

se hallaba manchado de sangre, y aquellas manchas refrescándole la historia de su pecado, le hicieron murmurar las siguientes palabras:

— Yo le dije: «Aunque todos te abandonen, yo no te dejaré, y si es preciso que muera en tu compañía, estoy dispuesto á morir por tí.» ¡Ah! ¿de qué manera le cumpliste la palabra empeñada? ¡Ingrato Pedro! ¿No merecía Jesús que le confesaras en público, como él te habia dado en público tambien evidentes pruebas de amistad?... ¿Qué has hecho, hoja seca que el vendebal arrebató; qué has hecho, polvo vil de la tierra? Has negado á tu amigo, has negado á tu Maestro, has renegado de tu Salvador, de ese Salvador divino que derrama toda la sangre de sus venas, que sufre los tormentos mas horribles sin quejarse, solo para poder conducirte al cielo, solo para abrirte eternamente las puertas de la gloria inmarcesible!... ¡Ah! tu crimen es tanto mas grande, cuanto mas inmenso es el amor con que sufre por tí, y ¡ay! si la misericordia divina no fuera inagotable, si la intercesion de la Madre de los pecadores no fuera omnipotente, ¿qué seria de mí? ¡Oh! ¡llora tu pecado, hierre tu pecho, que no ha tenido valor para confesar á Cristo, y que en cambio hálo tenido para negarle, y sean tus lágrimas de ahora en adelante el sustento de tu vida miserable!... Sangre divina derramada para mi bien, lávame el alma, y deja mas limpio mi espíritu, que el espíritu de los cortesanos del empíreo.

Y así diciendo iba Pedro adelantando, hasta que al hallarse fuera de la ciudad, tal vez sin darse cuenta de ello, dejó el camino que á Gethsemaní guiaba, para tomar un atajo que se abria en el valle, y que serpeando por entre las breñas, terminaba en unas cuevas abiertas en la roca por la mano de la naturaleza, que habia festoneado y cu-